

El marxismo en Chile en la década de 1930: entre el marasmo y la “creación heroica”

Marxism in Chile in the 1930s: b etween marasmus and the “creation heroic”

Marcelo Alvarado Meléndez¹

marcelo.alvarado@uarcis.cl

*En memoria de Jaime Massardo (1949-2016),
Intelectual orgánico de las clases subalternas de América Latina*

RESUMEN

El presente artículo aborda el desenvolvimiento del pensamiento marxista en Chile durante la década de 1930. Tras este objetivo se describe el contexto histórico de la gran crisis del sistema capitalista mundial y sus consecuencias económicas, sociales y políticas en nuestro país. En este escenario, surge una pléyade de intelectuales que asume la teoría marxista en uso para interpretar la realidad y elaborar programas de cambios sociopolíticos. Seleccionamos a tres autores representativos de este período: Eugenio Orrego Vicuña, Oscar Waiss y Gregorio Guerra. Estos tres intelectuales incorporan en sus ensayos, de manera limitada pero creadora, los supuestos teóricos del discurso marxista. El valor de estos trabajos reside en la inauguración de una tradición intelectual que será acogida no sólo por el mundo académico en las décadas siguientes, sino que será también un componente decisivo de la cultura política articuladora de la “vía chilena al socialismo” en la década de 1970.

PALABRAS CLAVE: Marxismo en Chile. Historia de las ideas. Ensayistas. Eugenio Orrego Vicuña. Oscar Waiss. Gregorio Guerra.

¹ Licenciado en Filosofía. Investigador y docente, Universidad Arcis.

ABSTRACT: This article discusses the development of Marxist thought in Chile during the 1930s. After this objective, it describes the historical context of the great crisis of the world capitalist system and the economic, social and political consequences in our country. In this scenario, a court of intellectuals arise using Marxist theory to interpret reality and develop socio-political changes. We selected three representative authors of this period: Eugenio Orrego-Vicuña, Oscar Waiss and Gregorio Guerra. These three intellectuals include in their essays, in a limited but creative way, theoretical assumptions of Marxist speech. The value of these works lies in the opening of an intellectual tradition that will be welcomed not only by the academic world in the following decades, but also in being a crucial component of the articulating political culture of the “Chilean way to socialism” in the 1970s.

KEY WORDS: Marxism in Chile. History of the ideas. Essayists. Eugenio Orrego Vicuña. Oscar Waiss. Gregorio Guerra.

I. Introducción

Entre 1890 y 1930 existe una multitud de ensayos, tesis de grado, folletos y artículos de periódicos que citan, para elogiar o para impugnar, las obras Marx y sus discípulos. En ellos es posible reconocer, de manera incipiente, la presencia en nuestro ambiente del denominado “socialismo científico”, ligado teórica y políticamente a la Segunda Internacional y, en menor medida, a la Tercera Internacional. No obstante esta difusión, no se puede afirmar, a nuestro juicio, que en este período se desarrollara un “marxismo vernáculo” con el dominio crítico de las fuentes y carácter creador para interpretar nuestra realidad ya que los mencionados trabajos no pasan de las referencias para acreditar erudición o encender polémicas. Esta precariedad intelectual contrasta con los esfuerzos desarrollados en países vecinos en los años que indicamos como son los de Juan B. Justo, –primer traductor al castellano de *El Capital*– y Aníbal Ponce en Argentina, y el descollante trabajo de José Carlos Mariátegui en Perú, por citar algunos ejemplos.

A partir de 1930 se observa ya no una simple circulación de textos sino una creciente elaboración teórica acogiendo creadoramente, por un lado, la concepción de la historia y los conceptos sociológicos y sumándose, por otro lado, a la crítica cultural y a las discusiones ideoló-

El marxismo en Chile en la década de 1930: entre el marasmo y la “creación heroica”

gicas derivadas del pensamiento marxista contingente. Este proceso de *apropiación* del marxismo fue encauzado por algunos intelectuales que buscaban respuestas a los desafíos de la coyuntura histórica que enfrentaba el país: en primer lugar, se debe señalar los efectos de la Gran Depresión en nuestra economía monoprodutora que implicó el cierre de las faenas salitreras y la cesantía e indigencia de 130.000 obreros y sus familias. La situación de miseria vivida en las principales ciudades del país significó para la opinión pública el surgimiento de una crítica radical a la viabilidad del sistema capitalista. En segundo término, en lo político-social se verificó una creciente efervescencia y movilización ciudadana tras las demandas de cambios políticos y económicos: la caída de la dictadura de Ibáñez como resultado de la desobediencia civil y protesta de las masas en las calles; la insurrección de la Armada en septiembre de 1931 que exigía reformas de carácter nacional; el levantamiento y posterior masacre de obreros de Vallenar y Copiapó en la navidad de 1931, conocida como “Pascua Trágica” y la efímera República Socialista encabezada por Eugenio Matte y Marmaduke Grove en junio de 1932 que intentó por primera vez sustituir el capitalismo en el continente.

En este contexto dramático, surgió una *intelligentzia* que intentó comprender nuestra realidad específica asimilando elementos teóricos del marxismo en uso, orientado principalmente a cuestionar el predominio del capitalismo financiero en el mundo y en nuestro país. Creemos que este desenvolvimiento del marxismo se expresa, de manera paradigmática, en el pensamiento de tres intelectuales representativos de esta época de *ensayos y errores*; desde luego, aunque sus trabajos puedan juzgarse —a la luz del presente— como deficitarios e ingenuos reconocemos en ellos un valor fundacional que debe ser rescatado.

II. La “revolución ilustrada” de Eugenio Orrego Vicuña

Eugenio Orrego Vicuña (1900-1959) es un intelectual destacado que intenta incorporar de modo original los supuestos teóricos del marxismo en algunas de sus obras. Provenía de una acomodada familia de tradición liberal que le proporcionó los medios favorables para una sólida formación humanista: era hijo del novelista Luis Orrego Luco y nieto, por el lado materno, del historiador y tribuno Benjamín Vicuña Mackenna. Aunque creció en el típico ambiente oligárquico santiaguino de comienzos del siglo XX, adhirió con entusiasmo en su juventud al

ideario socialista, entusiasmo que al parecer abandonó con el tiempo, para terminar retornando a sus cauces oligárquicos. No obstante este zig-zagueo, dejó importantes documentos que acreditan su paso por el marxismo. Motivado por sus inquietudes políticas, viajó a la Unión Soviética para conocer en terreno la experiencia de transformación social. En este país simpatizó con el ensayo de construcción socialista y se familiarizó con la doctrina revolucionaria, dejando dos gruesos volúmenes con sus testimonios.²

Al morir José Carlos Mariátegui en 1930, dictó una serie de conferencias en su homenaje que fueron publicadas en un folleto. Conocedor de la vida y obra del pensador peruano, valora su trascendencia para la causa socialista latinoamericana. Afirma sobre el autor de *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* que, como él,

“nadie ha realizado una labor de interpretación más sólida, más sincera, más científica. Ella comprende un esquema de la evolución económica, cinco estudios admirables sobre el problema del indio, el problema de la tierra, el proceso de instrucción pública, el factor religioso y el debate sobre regionalismo y centralismo. Un estudio notabilísimo sobre la literatura de su tierra, en que el crítico manifiesta toda su valía, clausura el volumen”.³

Destaca Orrego que el problema del indio es lo más relevante de trabajo de Mariátegui ya que esta problemática es común en todo el Continente pero que tiene su especificidad en el Perú: el régimen de la propiedad de la tierra y la persistencia del gamonalismo. Asimismo subraya el papel del mito como forma arcaica subsistente en el imaginario cultural peruano pero potencialmente movilizadora de las masas indígenas para luchar por la emancipación social, ponderando así el rescate que hace el “Amauta” del mito social postulado por Sorel. Este socialismo propiciado por Mariátegui, nos dice su comentarista, no es abstracto sino que se acopla con la tradición del “Incarío” vinculada con formaciones económico-sociales donde superviven rasgos de un comunismo ancestral en importantes poblados del país andino.

2 Orrego Vicuña, Eugenio. *Tierra de Águilas. Un sudamericano en la U.R.S.S.* Santiago: Editorial Robert Barrington, 1929; y, *El país de Lenin. Panorama general de la U.R.S.S.* Santiago: Imprenta Universitaria, 1932. Para una biografía de Orrego, véase: Massone, Juan Antonio. *Eugenio Orrego Vicuña (1900-1959)*. Santiago: Cuadernos de la Academia Chilena de la Lengua, 2000.

3 Orrego Vicuña, Eugenio. *Mariátegui*. Santiago: Ediciones Mástil, 1930, pp. 13-14.

El marxismo en Chile en la década de 1930: entre el marasmo y la “creación heroica”

Sin embargo, la lectura que hace Orrego de Mariátegui es paradójica: por un lado, valora su agudeza para considerar el problema indígena como uno de los desafíos capitales del socialismo en el Continente; pero, por otro lado, desconoce –o quiere desconocer– que dicho problema sea parte de los llamados países del “Cono Sur”:

“El punto de vista de Mariátegui es válido para casi todos los países de Sud América, *con excepción de Chile, Argentina y Uruguay, en que la raza blanca domina casi exclusivamente*”.⁴

Esta paradoja de Orrego que se asombra por el acierto del intelectual peruano pero que se inhibe mentalmente para cuestionarse y aplicar creadoramente su metodología a la realidad chilena donde perviven múltiples pueblos originarios sometidos política y culturalmente por el Estado-nación, no puede explicarse sino por un invencible sesgo racista del autor, confesado sin ambages:

“Creo que de la mayor parte de las razas indígenas de América no cabe esperar sino muy poco. *Casi todas ellas son notoriamente inferiores, en calidad humana, a la raza blanca y a la raza negra*”.⁵

A contrapelo de la concepción indigenista del socialismo de Mariátegui, Orrego también subestima la contribución de los pueblos indígenas para la superación del capitalismo, estimando que éste será más el producto de los obreros organizado y no de las comunidades originarias a las que califica de regresivas para el avance histórico:

“No hay, tampoco, duda de que el desenvolvimiento socialista y su aporte a la civilización y a la sociedad socialistas, *se verán dificultados, entrabados y disminuidos por el factor indígena*”.⁶

Otro tópico que destaca Orrego Vicuña de la obra de Mariátegui es el estudio del factor religioso en el Perú, que puede tener proyecciones para el tratamiento de este fenómeno en otros pueblos latinoamericanos por la similitud de sus características. Comenta que si el Tawantinsuyu fue un sistema teocrático, donde la religión y el imperio estaban indisolublemente unidos, esta tradición favoreció la unidad política entre la Iglesia y el Estado durante la Colonia y la República, pero consigna que

4 *Ibidem*, p. 16 (cursivas nuestras).

5 *Ibidem*, p. 17 (cursivas nuestras).

6 *Ibidem*, p. 18 (cursivas nuestras).

la influencia religiosa del catolicismo en el pueblo es débil. El cristianismo se superpuso a los mitos religiosos indígenas sin eliminarlos del todo, los cuales reviven en los mitos sociales como potencial revolucionario. Para Orrego este es un acierto de Mariátegui y ejemplo de aplicación del materialismo histórico.

Más adelante, Orrego examina la lectura que hace Mariátegui de la obra de Marx. Revisa la crítica a Henri de Man en su *Defensa del Marxismo* donde también esboza sus diferencias con el marxismo oficial soviético, diferencias que suscribe nuestro autor:

“Su doctrinarismo excluye, pues, sin dejar de ser dogmático en lo esencial, toda intransigencia y, en tal sentido, lo aparta de la ortodoxia escrita de Moscú. Y es que Mariátegui no es propiamente comunista, en el sentido bolchevique. Admira a Lenin con hondo fervor, observa la marcha de sus realizaciones en la gran nación eslava y comprende que ahí nacerán los moldes del nuevo tiempo, pero *no parece comulgar íntegramente con la Tercera Internacional. Sus reservas, no especificadas, fluyen de la naturaleza misma de su obra*”.⁷

Un último aspecto del ensayo de Orrego que nos interesa destacar es la *función ética del socialismo* en la obra de Mariátegui. La construcción de una nueva sociedad exige, más que especulaciones, “la creación de una moral de productores por el propio proceso de la lucha anticapitalista”; es decir, la reforma intelectual y espiritual del proletariado para encarar con reciedumbre pero también con humanidad las luchas sociales:

“En la lucha de clases estriba, pues, la ascensión al socialismo como régimen en ejercicio, *pero este concepto alcanza en Mariátegui un significado más humano que en el bolchevismo*, un significado que importa condenación de violencias inútiles sin dejar la acción. En este sentido, Mariátegui aparece más integralmente socialista que los ortodoxos de Moscú”.⁸

En estos comentarios no están ajenos los reparos a las prácticas jacobinas de los revolucionarios burgueses, repicadas, en cierto modo, por los revolucionarios de las izquierdas. Los móviles y los medios de la revolución socialista –sentencia– deben ser distintos de los móviles y medios de las prácticas burguesas. La nueva sociedad no puede edificarse sobre la miseria y el ilotismo del proletariado, pero tampoco puede asentarse en la envidia y la venganza.

⁷ *Ibidem*, p. 28 (cursivas nuestras).

⁸ *Ibidem*, p. 29 (cursivas nuestras).

El marxismo en Chile en la década de 1930: entre el marasmo y la “creación heroica”

Orrego Vicuña a partir de su revisión somera de la obra de Mariátegui, piensa en los desafíos que debe enfrentar el socialismo en América Latina para solucionar la angustiada situación de nuestros pueblos. Reconoce los logros de las leyes sociales para el mejoramiento de la calidad de vida popular y los esfuerzos de las clases trabajadoras para educarse y formarse una conciencia, pero teme que la revolución social conlleve a rupturas radicales e irreversibles. El socialismo –dice Orrego– si reclama materiales nuevos, no busca la destrucción inútil de todo lo anterior sólo por ser anterior,

“no por ello podría desdeñar lo bueno, lo grande y lo útil que encuentre en la sociedad burguesa. Es preciso no olvidar que no hay solución de continuidad posible en la marcha de la historia, –si aplicamos para juzgarla los principios del materialismo histórico– y la sociedad socialista tendrá que asumir, en su día, el rol de heredera y superadora de la sociedad burguesa”.⁹

En conclusión, para nuestro autor, el valor de la obra de Mariátegui consiste en que intuyó las características singulares del proyecto socialista latinoamericano:

“Creo que éste ha de orientarse en un sentido de tolerancia sin dejar de ser enérgico, de paz sin perder la conciencia de la necesidad de la ofensiva, de libertad en lo que ésta sea compatible con el advenimiento y arraigamiento de nuevas formas sociales y económicas. Nuestro socialismo, –resume Orrego Vicuña– deberá buscar su realización integral sin transacciones que comprometan su acción o su desenvolvimiento, pero, también, ahorrando todas las crueldades, todas las inútiles injusticias y los inexcusables privilegios”.¹⁰

En la línea de la formulación del socialismo vernáculo, Orrego dio un paso más con su trabajo “Perspectiva del desenvolvimiento socialista en América y en el mundo”, incluido como apéndice en su libro *En el país de Lenin*. A su juicio, el capitalismo reside esencialmente en la polarización de la sociedad de clases: “millonarios y potentados en uno y mendigos en el otro”. Como el sistema está fundamentado en la desigualdad más excesiva, se hace imperioso su reemplazo por una civilización que permita a la humanidad “alcanzar la plenitud física e intelectual”. Pero, en concordancia con su ensayo sobre Mariátegui, cree

9 *Ibidem*, p. 32.

10 *Ibidem*, p. 33.

que el socialismo debe reconocer “la valía civilizadora del capitalismo”, heredando y haciéndose cargo de

“los progresos maravillosos de la ciencia y de la técnica y el desarrollo del maquinismo que hizo entrever la liberación del hombre de sus cadenas sociales, liberación que se hará posible con el desenvolvimiento de la economía socialista ordenada”.¹¹

Piensa Orrego que si bien el capitalismo se encuentra en una fase postrera, y que el socialismo está llamado naturalmente a reemplazarlo, es difícil su advenimiento porque la elite burguesa ha sido incapaz de procurar las condiciones sociales para la formación cultural de las grandes masas proletarias, produciéndose un divorcio abismal entre ambos sectores. Estima, sin embargo, que con el inicio de un proceso de transformación tal situación se iría revirtiendo, ya que surgiría una sola gran clase social que tendría garantizada un mínimo nivel económico y cultural:

“En ella se irán fusionando todos los hombres, con lo que se alcanzarán sus finalidades integrales. Durante su gestación podrá advertirse un alza constante del estándar de vida. Y cuando la sociedad socialista esté lograda la democracia socialista será un hecho, previa la disminución casi absoluta del Estado y de su aparato, por lo menos de su concepto de fuerza y coacción”.¹²

Puesto que esta etapa de transición no puede ser determinada en el corto plazo, cree que se desarrollará cuando se logren los fines culturales y económicos propios del socialismo. Asimismo, considera que tal proceso histórico de construcción socialista tiene un alcance universal, el cual conservará en un nuevo contexto todos los valores de las sociedades pretéritas:

“Reinará, finalmente, en el conglomerado universal de uniones y repúblicas socialistas federadas, la democracia obrera. Esta, ni aun en el período en que sea solo élite intelectual y obrera, podrá ignorar el sentido de humanidad y benevolencia. Se puede edificar la nueva sociedad sin que sea menester destruir antes las grandes construcciones del arte, de la ciencia y de la técnica burgueses... La sociedad de trabajadores no es, en su período inicial –ni puede serlo nunca– asociación de hombres fríos, de verdugos implacables, de destructores arrancados a los períodos más oscuros de la barbarie”.¹³

11 Orrego Vicuña, Eugenio. “Perspectiva del desenvolvimiento socialista en América y en el mundo”. *El país de Lenin... Op. Cit.*, p. 371.

12 *Ibidem*, p. 372.

13 *Ibidem*, pp. 372-373.

Convencido de que el socialismo encarna los más caros principios humanistas y que contiene “íntegramente la idea de libertad”, Orrego se pregunta por qué se instaló en la Rusia Soviética un régimen dictatorial, observándose así una antinomia entre el postulado y la realidad. Ante esta contradicción incontestable, indica que cabrían dos explicaciones: la primera, que justifica de acuerdo con la teoría la aplicación de la dictadura del proletariado como una fase necesaria pero transitoria que tendría que sustituirse por un régimen de plena libertad. Sin embargo, por otro lado, piensa que la dictadura en Rusia era “inevitable” por sus características sociales; ya que, en los países “sin tradición de libertad” no subsistiría un proceso pacífico de transición al socialismo. Estima que en sociedades donde campea la miseria, la indisciplina social y la falta de cultura exigen regímenes de fuerza. Repara sí, que debe evitarse el uso exagerado de violencia, añadiendo que el período de “comunismo de guerra” en Rusia fue provocado por la invasión extranjera y la porfiada resistencia de la burguesía local.

De acuerdo a esta experiencia, el carácter violento o pacífico del proceso de transición al socialismo en Nuestra América dependería, en su opinión, de la actitud política y social que adoptasen las burguesías criollas. La “vía pacífica” para Orrego supone una colaboración “inteligente y comprensiva” de la burguesía al asumir racionalmente el significado civilizatorio del proceso de socialización de los bienes económicos. Del mismo modo, la colaboración activa en la construcción del socialismo de los sectores más avanzados de la clase burguesa como intelectuales, científicos y técnicos, darían al mundo una de las lecciones éticas más trascendentes.

Por otra parte, reconoce que uno de los principales obstáculos al cambio social es el temor de las clases altas a la insurrección de los de abajo. Pero dicho temor arranca, a su juicio, de la confusión entre dos conceptos: el de lucha de clases y el de odio de clases. El primero se refiere a “la batalla librada en el sector cultural y principalmente en el económico por la supresión de las diferencias de clases”. En cambio, el segundo, es un sentimiento de rencor de los de abajo por su secular postergación pero que desaparecería con la instauración de la justicia social:

“Es un complejo de inferioridad alimentado por la intransigencia de los usufructuantes, por el brutal egoísmo de los explotadores. El rencor social desaparece al extinguirse la causa que lo provoca. En la hora del banquete

los que fueron hambrientos y están hartos, los que sufrieron persecuciones y miseria y se sienten plenos del derecho de una nueva justicia que ya no podrá ser derogada por voluntad alguna, se tornan generosos. La hora del rencor es la de la injusticia, la de los privilegios que ignoran la oportunidad de ceder”.¹⁴

No obstante, Orrego sostiene que el odio de clases puede existir de manera latente, pudiendo exacerbarse espontáneamente en las épocas de hambre. Añade que en Rusia existió este fenómeno pero en forma parcial. Asimismo, opina que el recurso a la violencia no se comprende sólo como la expresión del malestar de los de abajo, –lo cual no dejaría de ser una mera revuelta popular– sino que también debe abordarse como un medio posible para avanzar al socialismo. Analizando históricamente esta cuestión anota que el régimen de fuerza instalado por el naciente Estado Soviético derivó de las particulares circunstancias internas y externas que lo atenazaron. Acota que las medidas coercitivas en los pueblos habituados al despotismo, sin espíritu de rebeldía y en extremo incultos, resultan eficientes pero no son justificables en aquellos con acendrada tradición democrática:

“Rusia necesitaba dictadura. Sin ella era imposible iniciar la transformación socialista ordenada. Pero no puede estimársela como sistema uniforme, a seguir en todas partes. Pueblos de tan alta civilización como el alemán o el norteamericano no harían necesaria, quizá, una dictadura potente y prolongada. En América cambia un poco el diagnóstico, pues la mayoría de sus pueblos tienen el hábito de las tiranías de caudillos militares. La dictadura socialista será necesaria en casi todos, pero no en las formas propiamente soviéticas”.¹⁵

Reconociendo las limitaciones inherentes de todos los regímenes de fuerza Orrego valora, empero, la experiencia rusa ya que proporciona lecciones para nuevos procesos, aunque cree que no puede ser el modelo exclusivo para todas las naciones. Afirmando que cada pueblo debe partir de sus propias condiciones para determinar su camino, señala algunos desafíos particulares del socialismo en el Continente:

“En América hay un problema de cultura y otro de disciplina. El de la cultura casi tan grave como en la Rusia zarista. En algunos países más grave. Las masas aborígenes han sufrido el yugo de la explotación en forma casi o

14 *Ibidem*, p. 375.

15 *Ibidem*, pp. 376-377.

El marxismo en Chile en la década de 1930: entre el marasmo y la “creación heroica”

tan salvaje como en los países coloniales. Con la independencia de España no mejoró la situación. El gamonalismo en el Perú, la opresión bestial de las indias bolivianas, paraguayas, brasileras, colombianas, venezolanas... En las de Méjico hasta ayer agudamente. Este cuadro prueba la imposibilidad de culturización, el prolongamiento de una cuasi animalidad en todo el período que va corrido desde la Independencia hasta hoy”.¹⁶

Insiste en que el problema de la disciplina es uno de los más graves en nuestro Continente ya que no la tenemos por tradición, ni tampoco han contribuido a su asimilación las dictaduras castrenses instaladas para contener el ascenso popular; por el contrario, la han reemplazado por prácticas represivas que producen un disciplinamiento forzado y aparente:

“Los gobiernos sometían a sus siervos indígenas con el látigo, la metralla, el alcohol y los estupefacientes. La disciplina obtenida es la de los cementerios. Sin otra que permita colaboracionismo intelectual y técnico, que sea promisor de solidez, ¿cómo actuaría el proceso de transformación? La disciplina condiciona el proceso en casi idéntica proporción que la cultura”.¹⁷

Para nuestro autor es una cuestión capital conseguir la disciplina social para acelerar el proceso que conduzca al socialismo. Para lograrla, en su opinión, se requiere de cuerpos dirigentes y organizadores, de intelectuales y técnicos, de artista y agentes culturales bregando en terreno. Sin el concurso de estos cuadros seleccionados, la revolución se malograría, retardándola en el tiempo y en la calidad de sus frutos. Una “revolución de hambrientos”, sentencia, está destinada al fracaso.

Ante este desafío, asoma en la propuesta de Orrego el papel de la organización política. Piensa que no es posible reeditar en América Latina un partido similar al bolchevique, pero es necesaria la formación de partidos socialistas o comunistas dirigidos por hombres eminentes que contengan los eventuales desmanes de una revuelta acéfala. La “revolución ilustrada” tiene que adelantarse a la “revolución de los hambrientos” la cual reaparece obsesivamente en su discurso como un peligro que se debe conjurar:

“Para que se produzca se requieren circunstancias de miseria general, de desocupación obrera, ruina fiscal y hambre. Ella amenaza sordamente todo

¹⁶ *Ibidem*, pp. 377-378.

¹⁷ *Ibidem*, p. 378.

país en que exista crisis económica como consecuencia de un estado de anarquía o bien del derroche y de la imprevisión de dictaduras fascistas o militar-fascistas... Es el más peligroso género de revoluciones proletarias. Estallada se propaga en onda de saqueos, incendios y asesinatos. El caos impera. Una embriaguez de sangre y destrucción se apodera de las masas hambrientas y guía sus pasos. Los actos de esta se contradicen y sólo aceptan la colaboración o la dirección desordenada de agitadores que estén dispuestos a adular sus más bajos instintos, a servir oportuna y eficazmente el *delirium tremens* que caracteriza el estallido pasional de quienes han sufrido en largo silencio un atroz calvario. Los odios contenidos se desatan tremendamente. Los más oscuros fermentos de animalidad primitiva suben a la superficie. El frenesí destructor —que ya no teme a la muerte ni a nada, que desafía los mayores peligros, que avanza victorioso contra las mismas bayonetas cuando éstas no se rinden contagiadas sólo puede calmarse con la más extrema saciedad”.¹⁸

Estima que una revuelta de estas características sólo podría durar unos días pero no lograría el triunfo del socialismo: sería aplastada por una reacción despiadada de la burguesía apoyada con la intervención de fuerzas externas. Recuerda Orrego el caso de la ocupación norteamericana de Nicaragua. La “revolución de hambrientos” y la consiguiente restauración burguesa significarían una derrota para la clase obrera, agudizaría sus sufrimientos y postergaría el avance hacia el socialismo.

Para marchar hacia el socialismo y no incurrir en los desvaríos de la revuelta anarquizante, se requiere de la constitución de partidos populares que, sin importar su nombre —obrero, socialista o comunista— incorporen a los intelectuales con quienes el proletariado comparte demandas comunes:

“La intelectualidad sudamericana está proletarizada en sus nueve décimas partes. Las aristocracias productoras de elementos seleccionados, se encuentran en ruina. Las oligarquías burguesas desprecian a los intelectuales. Más aún: los temen y combaten. Numerosos sectores de la clase media se encuentran, también, proletarizados. Otro tanto ocurre a gran número de profesionales y abundan los médicos sin clientela, los ingenieros, agrónomos y arquitectos en paro forzoso”.¹⁹

18 *Ibidem*, p. 380.

19 *Ibidem*, p. 382.

En este contexto, Orrego Vicuña subraya que el partido socialista, sin descuidar la organización obrera y sindical, debe procurar atraer a nuevos segmentos de intelectuales y técnicos, a la juventud universitaria y a los elementos más avanzados de la burguesía, para sumarlos a las barricadas populares e incorporarlos como cuadros profesionales para participar en el proceso de cambio social:

“Esos elementos, técnicamente preparados para la tarea de construcción, deben reconocer filas junto a los proletarios, fraternalmente, sin odios que sólo excusan los complejos económicos. Hacer esa propaganda, obtener esa unión –precursora de la fusión del trabajo intelectual y manual, que está en la raíz del marxismo– es nuestro deber urgente”.²⁰

Orrego recurriendo a la experiencia rusa destaca el papel de los intelectuales como Lenin, Trotsky, Lunacharsky y otros. De la misma forma, explica que los “Planes Quinquenales” de la economía soviética requerían del concurso de técnicos y personal calificado, ya que los progresos del socialismo exigen asimilar lo más avanzado de la cultura burguesa y sus conquistas científicas y técnicas.

De acuerdo con estas premisas, sin intelectuales no habrá revolución en América Latina. Sin embargo, Orrego enfatiza sobremanera el protagonismo de los sectores ilustrados, y si bien no desmerece el papel del proletariado, al parecer lo estima de segundo orden:

“La *tarea esencial* –dice– consiste en organizar los grandes cuadros políticos y técnicos del socialismo, en *atraer a los intelectuales y en general a los elementos avanzados de la burguesía*, en disciplinar a las masas obreras –la disciplina y fuerza de ésta garantizará la corrección y eficacia del elemento no proletario–, en establecer vigorosos nexos internacionales, traducidos en una Internacional Socialista de América”.²¹

Orrego analiza algunas características del período de transición al socialismo en América Latina como el tiempo de duración de este proceso, el que estima que está sujeto a la maduración de la conciencia y disciplina de los trabajadores, por un lado, y a la aceptación positiva por parte de la antigua burguesía de la justicia de la revolución social, por otro. Además, es partidario de indemnizar a los grupos que sean expropiados de los medios de producción para aplacar su descontento

²⁰ *Ibidem*, p. 383.

²¹ *Ibidem*, p. 385 (cursivas nuestras).

y evitar que, ávidos de venganza, intenten por la violencia recuperar sus antiguos privilegios. Cree, finalmente, en la masificación de la educación socialista formadora de sujetos con un amplio sentido de la responsabilidad colectiva en la producción y distribución de los bienes pero también conscientes de ser los protagonistas de la construcción de una sociedad sin explotación dando un salto cuantitativo en la historia de la Humanidad. Cierra su ensayo reformulando, al tenor de las nuevas circunstancias, la proclama del *Manifiesto Comunista* con la divisa: “¡Proletarios e intelectuales del mundo, únios!”.

III. Oscar Waiss y la primera interpretación marxista de la historia de Chile

El mérito de la primera interpretación marxista de la historia de Chile corresponde a Oscar Waiss Brand (1912-1994) quien a los 22 años introdujo esta novedosa perspectiva historiográfica en nuestro medio. El joven Waiss con su ópera prima inauguró, además, una carrera intelectual que se prolongará por varias décadas. Nacido en el seno de una familia de origen judío, tempranamente adoptó posiciones revolucionarias, las que describe vívidamente en sus *Memorias*:

“El año 1928 yo tenía apenas 15 años, pero ya ocupaba un puesto en las filas, pues a esa edad ingresé a la Escuela de Derecho, que funcionaba en la vieja casona de la Alameda, y me incorporé a los grupos marxistas embrionarios; en el año 1931 participé en las luchas que provocaron el derrumbe de un régimen dictatorial y el 32 permanecí relegado en la isla Mocha, inhóspito lugar de la geografía sureña, donde comencé a curtirme como revolucionario”.²²

A comienzos de la década de 1930, Waiss fue integró el Grupo Avance, donde también participaba el estudiante de Medicina Salvador Allende, entablándose entre ambos una amistad que perduraría más de cuatro décadas. A la sazón también militaba en la disidencia comunista, que después se transformó en la Izquierda Comunista. En sus recuerdos se refiere a las obras que contribuyeron a su formación teórica y que utilizó con provecho: el resumen de *El Capital* de Deville, *El Manifiesto Comunista*, *Las Reflexiones sobre la Violencia* de Sorel y algunas obras de

22 Waiss, Oscar. *Chile Vivo. Memorias de un Socialista 1928-1970*. Madrid: Centro de Estudios Salvador Allende, 1986, p. V.

El marxismo en Chile en la década de 1930: entre el marasmo y la “creación heroica”

Lenin.²³ Destaca, asimismo, la influencia clave que recibió de los *Siete Ensayos* y otros libros de José Carlos Mariátegui que, según nos informa, “circularon profusamente en Chile entre los años 30 y 34”.²⁴

En 1934 presentó su memoria de prueba para licenciarse en Ciencias Jurídicas con el título de *Antecedentes económicos y sociales de la Constitución de 1833*. Dicha memoria fue publicada ese mismo año con el nombre de *Esquema económico-social de Chile* con un preámbulo donde señala que se trata de una primera parte de un estudio mayor, elaborado “como un aporte marxista a la interpretación de éste país semi-colonial, dada la inexistencia casi total de ensayos de esta índole”.²⁵

Su trabajo comprende siete capítulos: 1) Antecedentes Históricos; 2) La Conquista; 3) Economía Feudal; 4) Tierras y Ciudades; 5) Prólogo de la Independencia; 6) La Gesta Heroica; y, 7) Los Primeros Pasos. Esta periodización establecida en el *Esquema* no difiere formalmente de la instalada por la historiografía tradicional para mistificar a las clases dirigentes; sin embargo, en el fondo, difieren sustancialmente ya que la intención del autor es investigar la génesis y el desarrollo del capitalismo en Chile como eje explicativo de la historia nacional. Tras este propósito después de revisar la organización social de las comunidades indígenas y las características de la guerra de resistencia al conquistador, formula la tesis de que en la perspectiva general del desarrollo capitalista chileno se deben reconocer *tres momentos fundamentales*:

“En nuestro proceso económico es necesario considerar con caracteres especiales tres acontecimientos que involucran el curso sucesivo y el ritmo de su evolución; son ellos la conquista, la Revolución de la Independencia y la función del capital financiero internacional”.²⁶

Para Waiss la conquista es la fase inicial del desarrollo socio-económico en que los pueblos originarios pasaron violentamente de una organización social y económica de clan al régimen de encomienda y, por consiguiente, de la libertad a la servidumbre:

“La conquista es tan sólo una cruenta campaña de ferocidad inaudita, determinada por el imperativo histórico de la expansión colonial. Si es ver-

23 *Ibidem*, p. 9.

24 *Ibidem*, p. 45.

25 Waiss Brand, Oscar. *Esquema económico-social de Chile* (Cuaderno I: Hasta 1828). Santiago: Imprenta y Encuadernación Lers, 1934, p. 5 (cursiva nuestra).

26 *Ibidem*, p. 15.

dad que en los documentos de la época se suele revestir de formas legales las matanzas y las exacciones, ello no basta para ocultarlas. La conquista cumple con su papel de limpiar el campo de inconvenientes que dificulten la explotación... Para el conquistador no caben reparos en la repartición de tierras, minas, hombres y bestias. Es el primer acto que se ejecuta, y encontramos abundantes muestras de su reiteración... Cuando se cumple con una finalidad de expansión colonial, de conquista de mercados, de ampliación económica, no hay asidero para reflexiones humanitarias ni motivo para contemplaciones sentimentales”.²⁷

Waiss al revisar con prolijidad algunos documentos de la época, los relatos de los cronistas coloniales, de los historiadores liberales del siglo XIX, de los etnólogos y antropólogos de su tiempo, no ahorra elocuencia en sus conclusiones:

“Raras veces es posible encontrarse con actos de crueldad más innecesarios que en este período de la invasión europea en Chile. Hay casos verdaderamente escalofriantes, como el narrado por Rosales en su excelente relación histórica, respecto de aquellos soldados de La Imperial que quemaron, sin motivo alguno, a más de doscientos indios encerrados en un rancho”.²⁸

Con la misma agudeza analiza el sistema de la encomienda que combinaba formas de economía feudal con el régimen de servidumbre del indígena para las labores en los campos y en las minas posibilitando un incipiente proceso de acumulación capitalista. En este contexto, sin embargo, Waiss afirma que las consecuencias del sometimiento de los pueblos indígenas –que persiste a lo largo de los siglos– no constituye un problema independiente del llamado “problema nacional”. Es decir, considera que el “problema indígena” no existe en nuestro país, y –aún más– es regresivo plantearlo:

“Los problemas nacionales existen, no se inventan, y si la agitación por la República Araucana puede tener un sabor local y criollo de buen gusto, no involucra ninguna reivindicación efectiva de la masa aborígen, asimilada al sistema económico del resto del país. El problema del indio, capital en América, no es en Chile sino *un apéndice del problema agrario*, con muy escasas características independientes”.²⁹

27 *Ibidem*, pp. 16-17.

28 *Ibidem*, p. 18.

29 *Ibidem*, p. 21 (cursiva nuestra). Como se puede observar, la posición de Waiss frente al problema indígena es, en su esencia, concordante con la de Eugenio Orrego Vicuña.

Estas sorprendentes declaraciones de un intelectual marxista, incomprensibles el día de hoy en que el pueblo mapuche ha librado una larga lucha por la reparación histórica y de recuperación de la memoria, sólo son explicables por la indigencia de la teoría en la que se basa nuestro autor. Su interpretación ostenta un claro sesgo “obrerista” que le lleva a supeditar la complejidad de la “cuestión indígena” al carácter nacional de la lucha de clases soslayando la especificidad de los problemas étnicos y culturales de las formaciones sociales latinoamericanas.³⁰

La invasión de América requirió estructurar una economía que adoptó, al comienzo, formas similares al feudalismo europeo pero que se encaminaba a la organización capitalista formando un sistema articulado entre las potencias centrales y sus colonias: “La “acumulación primitiva” se acelera en los países colonizadores y la extracción de las riquezas coloniales va a volcarse como capital en Europa”.³¹

Como la mayoría de los marxistas de la época, Waiss cree que en nuestros suelos los colonizadores trasplantaron un régimen feudal –asunto que motivará agudas controversias en las décadas siguientes–; pero repara que el vasallaje tuvo sus particularidades con la encomienda, el repartimiento y la mita, que permitieron al largo plazo la metamorfosis de la estructura económico-social de la colonia:

30 Para el historiador Luis Vitale, entre las muchas debilidades del marxismo ortodoxo, estaba la incompreensión de la identidad cultural y autonomía de los pueblos originarios, que llevaban a los partidos tradicionales de izquierda a asimilarlos sin más al mundo campesino. Se desconocía así su historia ancestral y su lucha por la autodeterminación. El racismo, concebido por las minorías blancas, y reproducido por las grandes masas mestizas, legitimaba una discriminación social y cultural del “indio”. La ideología racista se mantenía en función de la explotación de clases, impuesta por los conquistadores y era reproducida por sus descendientes para conservar sus prerrogativas y privilegios. Este problema llevó a Vitale a formular el postulado de la “relación etnia-clase” para comprender la especificidad de la sociedad latinoamericana: “El concepto de etnia –asimilado peyorativamente con el de “raza”– se refiere no tanto al color sino fundamentalmente a comunidades con costumbres, religión, lengua y tradiciones comunes, solidaridad colectiva, etnocencia, arte y cultura propios... La etnia es una expresión social y cultural que cambia más lentamente que las clases, pero que está inserta en el proceso de lucha de clases desde que surgieron las sociedades de clases en América. La etnia blanca europea se impuso por la fuerza sobre las etnias indígenas, estableciendo un régimen de explotación y dominación de clase que pasó a ser fundamental, por encima del color de la piel, pues también fueron explotados posteriormente los blancos pobres, ya que en una misma etnia pueden darse diferentes sectores de clase”. Véase Vitale, Luis. *Introducción a una teoría de la historia para América Latina*. Buenos Aires: Editorial Planeta, 1992, p. 164.

31 *Ibidem*, p. 23.

“El proceso que tiende a aniquilar el estadio transitorio del sistema de organización feudal se desarrolla en América con considerable retardo... Las etapas que llevan del feudo al capitalismo naciente, a través de la separación radical del productor y los medios de producción, se presentan en las colonias americanas sujetas a impulsos propios, asentados en la aceleración o retardo, en la inmisión generalmente violenta de la economía europea a través de las invasiones, la legislación o las resoluciones externas al medio al que iban a aplicarse”.³²

Siguiendo este relato, el historiador juzga que el sistema colonial, constituido y orientado para el envío de riquezas a la metrópoli, estableció un régimen administrativo jerárquico que funcionaba a la perfección. Las encomiendas y repartimientos organizados bajo la forma de la mita, lograron una eficacia en las utilidades que le reportaban a la Corona y a los señores de la tierra. De ahí la tenaz resistencia de los encomendados para evitar la subdivisión de la tierra; perpetuando, a través de la institución del mayorazgo, la concentración de la propiedad rural que llevaba aparejada la explotación de las masas indígenas y campesinas, aún bajo los gobiernos republicanos: “La política del coloniaje supervive en la realidad feudal y semi-feudal del latifundio y la servidumbre”, comenta Waiss. En abono de su tesis cita de Mariátegui un párrafo que juzga aplicable a nuestra realidad:

“La antigua clase feudal –camuflada o disfrazada de burguesía republicana– ha conservado sus posiciones. La política de desamortización de la propiedad agraria iniciada en la revolución de la Independencia –como una consecuencia lógica de su ideología– no condujo al desenvolvimiento de la pequeña propiedad. La vieja clase terrateniente no había perdido su predominio. La supervivencia de un régimen latifundista produjo, en la práctica, el mantenimiento del latifundio”.³³

La Revolución de la Independencia la entiende nuestro autor como resultado de la inevitable colisión de fuerzas sociales que envuelve el embrionario desarrollo capitalista. El despliegue del capitalismo estimuló el crecimiento urbano, la emergencia de la manufactura y la necesidad de nuevos mercados para los productos locales, generando un conflicto entre la ciudad y el campo y el antagonismo entre la aristocracia feudal y la burguesía capitalista. En esta transición, surgió un malestar en

32 *Ibidem*, p. 23.

33 Mariátegui, José Carlos. *Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana*, citado por Waiss, p. 28.

El marxismo en Chile en la década de 1930: entre el marasmo y la “creación heroica”

las fuerzas progresistas con la dependencia de la Península a nivel nacional y continental que se encaminaba a la ruptura con el orden colonial. Respalda estos asertos con crónicas y documentos de la época, Waiss resume las principales notas de la crisis histórica del sistema colonial:

“El siglo XIX que concierne la economía al interés internacional del capitalismo, comenzó a atraer a la periferia de la actividad exterior a los sectores urbanos en proceso histórico de crecimiento. Las masas restan ajenas a tal captación occidental y aún suelen mostrarse hostiles a tal política; entre criollos y chapetones los indígenas solieron inclinarse hacia los últimos. La aristocracia de la tierra juega un rol pasivo, pero se muestra propensa a aceptar la liberación del yugo colonial. Son los sectores urbanos de industriales, profesionales y comerciantes los que en forma más activa se unen a la agitación liberal y le prestan el necesario contenido histórico”.³⁴

En este contexto, deja en claro que, la elite que dirigió la Independencia del colonialismo español, proclamando la soberanía del pueblo, tuvo la prevención de no extender las libertades ciudadanas a los sectores más explotados, sino que se orientó a conseguir el respaldo de los grandes terratenientes disconformes con las gabelas del régimen colonial:

“Cuidaba, por lo tanto, de hablar con cierta mesura sobre los problemas de la extensión agraria, de la esclavitud, de los impuestos territoriales. La libertad se anunciaba con demasiadas contemplaciones para que pudiera amenazar la estructura feudal de la sociedad con relieves de alguna seriedad, y por eso que la revolución de la independencia, no sólo no involucra la aspiración latente de las masas expoliadas, sino que tampoco logra realizar su propio programa encaminado a la liquidación de la feudalidad. El gorro frigio no sentaba bien en la cabeza de los encomenderos”.³⁵

Después de extenderse en la guerra de la Revolución de la Independencia y las disputas entre sus caudillos, el autor analiza el significado histórico de este proceso. A su juicio, fue un paso necesario para la incorporación de las sociedades americanas al sistema capitalista mercantil constreñidas hasta entonces por la dominación española. De este modo, las economías nativas se transformaron en proveedora de materias primas y consumidora de productos elaborados, lo que también implicó, en pocas décadas, el paso “de la opresión comercial a la opresión financiera”.³⁶

34 Waiss Brand, Oscar. *Esquema económico-social de Chile... Op. Cit.*, pp. 39-40.

35 *Ibidem*, pp. 42-43.

36 *Ibidem*, p. 51.

La revolución significó en el plano político la consolidación de una nueva oligarquía criolla, que se siente omnipotente y dueña de toda la hacienda nacional, aunque no deja de ser una oligarquía con contradicciones en su seno. La emergente burguesía urbana busca encabezar al conjunto de la clase dominante, encontrándose con la resistencia activa y pasiva de las clases terratenientes, empero ambos sectores de la oligarquía coinciden en excluir de hecho a masas explotadas de las decisiones. La prédica democrática se torna así, una fórmula vacía:

“Una revolución democrática sin sujeto para ejercer la democracia. Un reflejo no siempre brillante de los postulados liberales o demo-liberales y de las agitaciones occidentales. La disolución de la sociedad feudal no se realiza y no se liberan, por tanto, los elementos de la sociedad capitalista, sino en proporciones demasiado exiguas para la resonancia de los himnos liberadores. Se hace la revolución, pero se hace a medias. La acaudilla la burguesía; pero una burguesía inconsistente, que no logra adquirir el control de la pseudo-democracia que se gesta. Para las masas, formas similares o casi similares de explotación. Para el país en conjunto, un porvenir preciso de sometimiento económico, de tutelaje financiero, de captación por el monopolio, de esquilma sistemática”.³⁷

Si bien el *Esquema* de Waiss comprende hasta las primeras décadas del siglo XIX, su interpretación histórica no queda incompleta si consideramos un trabajo anterior: “Análisis del proceso capitalista en Chile” publicado en dos entregas en el *Boletín del Seminario de Derecho Público* de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile. Este ensayo pareciera ser el esbozo primitivo de su memoria donde ya está configurado el plan general de su investigación, en el cual, además, es posible reconocer párrafos literales de la versión definitiva.

Completando, entonces, de este modo la interpretación histórica del novel autor, su artículo aborda el desarrollo del capitalismo embrionario durante el siglo XIX y la consolidación del carácter primario-exportador de nuestra economía. Las riquezas mineras y agrícolas son progresivamente apropiadas por capitales extranjeros, principalmente ingleses. Comienza así una asociación entre los intereses de capitalistas externos con los grandes propietarios locales. Los grupos beneficiados con este impulso para capitalizar la riqueza establecieron los bancos como una necesidad del proceso de acumulación:

³⁷ *Ibidem*, p. 52.

El marxismo en Chile en la década de 1930: entre el marasmo y la “creación heroica”

“La aparición de los primeros bancos creó una formidable máquina relacionadora de los intereses comunes, y por lo tanto no escasamente considerables, de los hacendados, los industriales y los zánganos enriquecidos por medio de los préstamos a que el Estado hubo de recurrir necesariamente, todo lo cual se tradujo en una más perfecta explotación de las masas campesinas y del proletariado”.³⁸

El hecho de quedar sometido al capital inglés determinó la fisonomía semi-colonial del país. La presión financiera británica dominó la economía a través de empréstitos, maneja el sistema bancario y la manufactura. El imperialismo inglés tras el control absoluto de la industria del salitre fue determinante en el estallido de la Guerra con Perú y Bolivia de 1879 y promovió la Guerra Civil de 1891.

El análisis de Waiss abarca hasta las primeras décadas del siglo XX y describe las disputas interimperialistas en la economía chilena, explicando el declinación de la hegemonía británica y las nuevas alianzas de la burguesía nacional con el gran capital norteamericano. En este sentido comenta el papel político de la dictadura de Ibáñez para facilitar la penetración estadounidense:

“El imperialismo yanqui logra lentamente un efectivo predominio en nuestra economía (cobre, hierro, electricidad, teléfonos, manufacturas, etc.), pero el capital británico interesado en el nitrato se consolida en su en sus posiciones por medio de la Asociación de Productores de Salitre, que logra enseñorearse del gobierno aliándose a los sectores más decisivos de la burguesía capitalista nacional y gran parte de la clase pequeño-burguesa cuyo nacionalismo demagógico desvía contra la penetración creciente del imperialismo norteamericano. El capital financiero yanqui busca entonces la alianza de los sectores más reaccionarios, feudales y semi-feudales de la sociedad y logra el desplazamiento de Alessandri y, más tarde, la tutela sobre el gobierno dictatorial de Ibáñez, que es financiado fuertemente desde Wall Street”.³⁹

La interpretación de Waiss cierra con un párrafo que caracteriza la sociedad chilena en pleno período de la crisis mundial del capitalismo de los años 30 y la efervescencia revolucionaria que provocó en nuestras tierras:

38 Waiss, Oscar. “Análisis del proceso capitalista en Chile”. *Boletín del Seminario de Derecho Público* N° 1. Santiago, 1932, p. 67.

39 *Ibidem*, pp. 70-71.

“a) País semi-feudal sometido al tutelaje del imperialismo yanqui que procura desplazar al capital financiero británico; b) Aceleración en la venta de las reservas naturales, como efecto de la dictadura de Ibáñez y de la última crisis; c) Formas feudales de producción en los campos y supervivencias feudales en las grandes industrias extractivas (salitre, cobre, carbón); d) Incremento de la clase burguesa capitalista en función de la penetración imperialista, como un proletariado industrial bastante efectivo; e) Diferenciación clasista derivada del avance de las relaciones pre-capitalistas de producción, acompañada de un desplazamiento hacia la derecha del gobierno y la desintegración de la clase pequeño-burguesa; f) Ligazón de la burguesía industrial y financiera, y de la aristocracia feudal al imperialismo en forma refleja al progreso del espíritu revolucionario de las grandes masas; g) Posibilidades de evitar el ciclo y la revolución democrático-burguesa por medio de la instauración de una dictadura proletaria factible en atención al incremento obrero provocado por la intensiva explotación imperialista, como a la organización del gran centro revolucionario soviético; y h) Posibilidades de que la falta de suficiente radicalización de las masas se preste para que elementos pequeño-burgueses y quizás burgueses, exploten sus ilusiones demo-liberales, jugándose en un movimiento de tendencia socializante”.⁴⁰

Creemos que para comprender cabalmente el diagnóstico de la sociedad chilena elaborado por Waiss y las posibilidades revolucionarias que infiere de éste, debe considerarse su compromiso político coetáneo a la redacción de sus ensayos. De estos años de militancia en la Izquierda Comunista se conservan artículos publicados en el *Boletín* de la colectividad y un extenso “Informe Político” presentado en el Congreso del partido celebrado en marzo de 1933, todos firmados con la chapa de “Jorge Norte”.

En el último texto, recogido en el volumen *En Defensa de la Revolución*, expone su adhesión al marxismo como herramienta teórica para interpretar la realidad ajustándose en rigor a ella y no, como lo hace el dogmatismo, ajustando la realidad a la teoría:

“El marxismo –dice– no es un ritual para uso de beatas rojas, sino el equipo ideológico de la lucha revolucionaria: a su luz deben aclararse todos los procesos en que se juegue el desenvolvimiento del mundo capitalista... La historia no se desarrolla al gusto de los elucubradores de escritorio; la

40 Waiss, Oscar. “Análisis del proceso capitalista en Chile”. *Boletín del Seminario de Derecho Público* N° 2. Santiago, 1933, p. 95.

El marxismo en Chile en la década de 1930: entre el marasmo y la “creación heroica”

experiencia no se amolda a la teoría, sino en la proporción precisa en que la teoría es justa y exacta”.⁴¹

El documento reconoce el significado de la Revolución Rusa, pero señala que después de la muerte de Lenin este proceso ha perdido el rumbo. Comparte a la crítica de Trotsky a la Internacional Comunista cuestionando sus políticas como supercherías antimarxistas. Rechaza la teoría del socialismo en un solo país, la catalogación como social-fascistas a los gobiernos socialdemócratas y la propuesta de un gobierno de obreros y campesinos, postulando en cambio un régimen encabezado sólo por el proletariado. Analiza el fraccionamiento internacional del comunismo denunciando la tendencia burocrática del Partido Comunista chileno que produjo la división del partido.

El “Informe” presenta como telón de fondo las modalidades de las contradicciones de clases a nivel internacional para situar, desde un enfoque marxista, el carácter de las luchas del proletariado mundial:

“El panorama mundial nos muestra coordinadamente dispuestos, diversos hechos que se entran en la dinámica general del proceso histórico. La crisis capitalista se agrava y de día en día se hace más insubsanable; el movimiento obrero se radicaliza; los problemas nacionales no encuentran solución en Europa ni en los demás países continentales; la lucha interimperialista se inclina en favor de EE. UU., y en desmedro de los otros imperialismos, especialmente el inglés que, en conjunto, prepara la intervención contra la U. R. S. S., que sobrevive en medio del mundo capitalista: los gobiernos fascistas pasan a suplir el sistema de represión normal de la democracia... Tales son a grandes rasgos las facetas principales en que radica el proceso histórico; el sistema capitalista, llegado a la época del monopolio imperialista, traduce el duro embate de las fuerzas económicas en la superestructura política que bulle y se agita desordenadamente”.⁴²

Waiss concluye el informe declarando su confianza en que las “condiciones objetivas” son favorables para la transformación revolucionaria, aunque no tiene seguridad de que estén dadas las condiciones “subjetivas”. Por lo mismo, cree que la insurrección proletaria será inminente cuando se resuelvan los problemas de conducción política derivados de la división del comunismo en las distintas latitudes,

41 Norte, Jorge (Oscar Waiss). “Informe y Tesis Política”. *En Defensa de la Revolución*. Santiago: Editorial Luis E. Recabarren, 1933, pp. 90-91.

42 *Ibidem*, p. 95.

estimando que la unidad política es un deber imperativo para los revolucionarios del mundo a fin de acabar con la dominación burguesa en la historia:

“No basta que reconozcamos la bancarrota capitalista; es necesario provocar el derrumbe. No basta que definamos a la burguesía como una clase históricamente en trance de desaparecer, es necesario barrerla...”⁴³

IV. Gregorio Guerra, pensador de la bancarrota del capitalismo

El último autor que hemos elegido es el profesor y ensayista Gregorio Guerra. Nacido hacia fines del siglo XIX, falleció después de varias décadas consagradas al trabajo intelectual cerca de los 80 años en 1973.⁴⁴ Guerra durante largo tiempo enseñó Sociología en el Instituto Central de Perfeccionamiento para Profesores del Ministerio de Educación, pero también se destacó como activista gremial y político de las izquierdas desde 1920 en adelante. Dirigente de

la Unión de Empleados, su nombre se hizo popular en el movimiento social de la época y su presencia pública se puede rastrear en diversos ámbitos: en la película que se conserva de los funerales de Recabarren en 1924, figura leyendo un discurso despidiendo al líder del movimiento obrero chileno. De la misma manera, en 1925 participó como representante gremial de los empleados en la Asamblea de Obreros e Intelectuales conocida como “La Constituyente Chica”, dejando una serie de artículos sobre este torneo.⁴⁵ Durante la efímera República Socialista de 1932 asumió el cargo de director de la Caja de Previsión Social.⁴⁶ En lo político fue uno de los fundadores de la Acción Revolucionaria Socialista (ARS) en 1932 y, al año siguiente, del Partido Socialista, colectividad que abandonó después de años para ingresar a las filas del Partido Comunista. Siendo militante comunista publicó en 1955 *Amanecer en las Democracias Populares* voluminoso reportaje de un viaje a Rumania.⁴⁷

43 *Ibidem*, p. 98.

44 Testimonio de su ahijado Winston Walton.

45 Véase, entre otros artículos de Gregorio Guerra: “El Congreso de la Constituyente y los empleados”, y “Al margen de la Constituyente”, *La Nación*, 9 y 13 de marzo de 1925 respectivamente; y “Los empleados de Bancos en el movimiento gremialista”, y “Acuerdos trascendentales”, en *Los Tiempos*, 27 de febrero y 17 de marzo de 1925.

46 *Crónica*, 7 de junio de 1932, p. 1.

47 Jobet, Julio César. “Estudio sobre las ideas políticas en Chile”. *Arauco* N° 72, enero de

El marxismo en Chile en la década de 1930: entre el marasmo y la “creación heroica”

La producción periodística de Guerra desarrollada entre 1920 y 1970 es vastísima; sin embargo, se encuentra dispersa en revistas culturales y diarios de avanzada esperando antologías y estudios críticos que permitan ponderar su trabajo intelectual. A comienzos de la década de 1930 formó la editorial “Documentos” junto a Julio Walton y Gerardo Ortúzar dando a luz los *Cuadernos Internacionales* y los *Cuadernos de Economía Mundial*, quincenarios en formato de bolsillo que difundían las novedades del pensamiento socialista. En esta misma línea, más tarde fue un activo colaborador de las revistas *Acción Socialista*; *Principios* en su primera etapa⁴⁸; y *Multitud* editada por Pablo de Rokha. En los años del Frente Popular dirigió la *Revista de Beneficencia*, órgano de los funcionarios de esta repartición pública.

Entre sus trabajos teóricos fundamentados en el marxismo sobresalen tres: *Revolución y crisis de la racionalización* (1932); *Miseria y Desocupación* (1937); y su *Interpretación Marxista del Arte* (1939). Pese a la disparidad de temas, estos trabajos tienen una raíz histórica común y un eje que los articula: la crisis del capitalismo y sus diversas manifestaciones en la vida contemporánea.]

En el contexto de la aguda crisis de los años 30 publicó “Revolución y crisis de la racionalización”, donde analiza el fenómeno de la racionalización económica consignando que desde su génesis está vinculado a la industrialización moderna. Piensa que ambos procesos se orientan históricamente al mejoramiento de las condiciones de vida de las sociedades de masas. En este sentido comparte la opinión de algunos autores marxista que estiman que la racionalización es imprescindible para construir el socialismo, de manera que sus logros tendrían que incorporarse creativamente en los programas de transformación social.

Tras este horizonte, describe las consecuencias sociales que tienen los procesos de racionalización y sus perspectivas revolucionarias, como el perfeccionamiento mecánico de la producción, el aumento del rendimiento, el bienestar psicológico de los trabajadores y la disminución de los tiempos y costos que optimizaría una economía basada no en el lucro sino en la satisfacción de las necesidades. Piensa que estos bene-

1966, p. 43.

48 Véase Loyola, Manuel. “Primera época de la revista Principios (1933-34) y la construcción del espacio intelectual marxista en Chile”, en www.izquierdas.cl, N°13, agosto de 2012, pp. 29-46.

ficios tendrían importantes repercusiones en el futuro, contribuyendo a la reorganización de los procesos económicos y a la superación de la propiedad privada de los medios productivos. Confía en que si bien la racionalización está en una etapa primaria, su desarrollo ulterior conduciría inexorablemente a la desaparición de los intermediarios en la vida económica, prospectando así que el intercambio de bienes y servicios llegará a realizarse entre los productores y consumidores directos. De la misma forma, considera que la racionalización, llevada hasta sus últimas consecuencias, tendería a la desaparición de la plusvalía como mecanismo de la explotación capitalista:

“La racionalización no se practica hoy día íntegramente, luego sus resultados no pueden ser valorizados dentro del fenómeno político-económico presente. Tiene un uso parcial, que intenta únicamente consolidar las finanzas, servir de bastión ante lo inevitable de la revolución. En síntesis, el capitalismo hace un uso anticientífico de la racionalización, la degenera. Es por ello, que a su sombra espera el ajuste de la actual crisis. Pero no hay que olvidar –nos dice Sammy Baracha– que *la racionalización es un puñal de dos filos que terminará por degollar al capitalismo*”.⁴⁹

En su análisis afirma que durante la primera etapa histórica de la racionalización sólo se observa una combinación de super-industrialización con un super-pauperismo, que califica de modelo liberal manchesteriano. Las capas medias, profesionales e intelectuales se pauperizan sufriendo la miseria, lo cual los une a los otros grupos explotados:

“La súper-industrialización ha ido proletarizando las masas de las clases medias, empujando a los profesionales, intelectuales, maestros, empleados a la misma línea vertical de miseria que sufre el obrero. Este proceso, complica todavía más la crisis ya que las masas se solidifican, formando un solo block, con la intervención orgánica de esas nuevas fuerzas burguesas desplazadas. El pequeño burgués ya no un satélite del capitalismo, ha sumado sus fuerzas intelectuales al trabajador manual. La masa así, tiene comandos poderosos... El comando de las fuerzas trabajadoras por el intelecto capacita a las masas, para el asalto científico del poder”.⁵⁰

En contrapartida a este ejemplo destaca la racionalización implementada en la Unión Soviética la cual puede exhibir el logro histórico

49 Guerra, Gregorio. “Revolución y crisis de la racionalización”. *Cuadernos de la Economía Mundial* N° 6. Santiago: junio de 1932, p. 4.

50 *Ibidem*, p. 5.

El marxismo en Chile en la década de 1930: entre el marxismo y la “creación heroica”

del mejoramiento de las condiciones de vida de sus habitantes, aunque reconoce sus dificultades por el secular atraso social de este país.

Por otro lado estima que la racionalización desarrollada en los Estados Unidos si bien permitió la elevación del estándar de vida norteamericana, poniendo a su disposición artículos de consumo masivo que antes los gozaban sólo una minoría, derivó en una racionalización distorsionada. Como consecuencia del uso restringido y mal intencionado de la racionalización, terminó transformándose en uno de los factores concomitantes en la detonación de la depresión económica:

“Pero esos consumos estaban sustentados sobre bases falsas, como era la inflación de los créditos. Esa inflación de los créditos venía a salvar al capitalismo transitoriamente de la bancarrota, ya que la superproducción había saturado los mercados y con este sistema se ampliaban desmesuradamente”.⁵¹

En opinión de Guerra si la bancarrota del capitalismo provocó la pauperización de los pequeños capitalistas, los grandes capitalistas conservaron, en cambio, íntegramente su poder ya que se aseguraron de concentrar, por un simple traspaso de capitales, todos los dineros de las clases trabajadoras, sus propiedades, ahorros y pagarés fortaleciéndose así como clase y concentrando empresas y capitales. Cree, sin embargo, que estos mecanismos no fueron suficientes para garantizar el salvataje de la elites ya que emergió subterráneamente la rebelión de los subordinados que se constituyen progresivamente en sujeto revolucionario:

“Sus inquietudes se suman a las inquietudes del mundo, formando un solo ejército de asalariados sin salarios, llevando a la cabeza banderas rojas, las únicas banderas, pidiendo el comando de las fábricas y de la tierra. Han dejado de ser los ciudadanos de un imperio mercantil, para transformarse en ciudadanos del mundo, en una hermandad unísona con los trabajadores de China o Alemania. Estas masas no tienen otra aspiración que apropiarse de los comandos, para derrocar a las elites financieras, que durante cien años han implantado su dictadura férrea y sangrienta. El capitalismo ha hecho su época y ha cumplido largamente su etapa histórica, si es que hubo necesidad de su dolorosa etapa. Esta fuerza colectiva que se ha infiltrado en las multitudes, esa riqueza dinámica y constructora, no ha sido aprovechada por el capitalismo”.⁵²

51 *Ibidem*, p. 8.

52 *Ibidem*, p. 15.

Pero si los trabajadores deben articularse en una fuerza a escala planetaria es porque se enfrentan a otra poderosa fuerza constituida también a escala planetaria: el capitalismo financiero. En su ensayo *Desocupación y Miseria*, de 1937, que presenta una anatomía del sistema capitalista mundial y las consecuencias de la gran crisis económica de los años treinta, revisa precisamente las características del gobierno mundial del capital financiero.

En una primera parte describe históricamente la evolución del capitalismo financiero indicando que las crisis periódicas que tienen su despliegue no son sino costos de sus reajustes orientados al logro de mayores utilidades para los consorcios mundiales. El capital financiero, afirma, tiene –con la excepción de Rusia– el *control absoluto* de todos los países, sea cual fuese su régimen de gobierno. Esta supremacía del capital financiero en el gobierno mundial, anula todas las posibilidades de un genuino desenvolvimiento democrático provocando un alto sacrificio para los pueblos:

“La democracia política ha sido un tabú. Hemos sido engañados durante 145 años por ese mito democrático. No puede existir democracia política sin democracia económica. Todos los países capitalistas están manejados por la oligarquía financiera internacional, ya sea directa o indirectamente. En 145 años de régimen “democrático capitalista”, el mundo ha ido de tumbo en tumbo: crisis económicas periódicas; crisis políticas, como resultados de ésta, con caídas de dinastías, derrumbe de países, guerras, revoluciones, asesinatos en masas de los obreros y campesinos, dictaduras, abolición de todas las libertades, barricadas, encarcelamientos, exilios, crímenes de todas especies, caídas ruidosas del capitalismo independiente que no ha sido monopolizado, proletarización de la clase media y quiebra de la pequeña burguesía industrial, agrícola, minera y rentista. Todo se destruye y se modifica; pero, una sola entidad queda en pie, insensible a estas modificaciones, a este dramático y cruel encadenamiento de procesos sociales económicos: el capital financiero nacional e internacional”.⁵³

En la segunda parte de su trabajo, describe los fenómenos típicos del desarrollo capitalista financiero: la superproducción; la disminución de los salarios; el alza de costo de la vida; surgimiento del fascismo y del militarismo con la consiguiente supresión de las libertades ciudadanas. Es significativo que Guerra analice en particular la pérdida de indepen-

53 Guerra, Gregorio. *Desocupación y Miseria*. Santiago: Editorial Smirnow, 1937, pp. 9-10.

El marxismo en Chile en la década de 1930: entre el marasmo y la “creación heroica”

dencia económica de nuestro país en el concierto indoamericano. Muestra la penetración de las compañías británicas y estadounidenses en las actividades productivas y comerciales, que acentuaban cada vez más la dependencia:

“Las dos principales riquezas del país: el salitre y el cobre, están en manos del capital imperialista americano. El primero bajo el control de Guggenheim de Estados Unidos y el segundo, de propiedad íntegra de ese mismo consorcio metalúrgico... La riqueza ganadera del sur del país es de propiedad de accionistas ingleses. La lana que sería un producto para vestir a nuestro pueblo, que carece de vestimentas, es de igual propiedad, la que vuelve al país industrializada por los hilanderos de Lancashire, Manchester, etc... El crédito está controlado por dos grandes empresas que son terribles tenazas para la economía nacional. El National City Bank, avanzada del famoso dictador del mundo, –Morgan– que ha intervenido directamente en la esclavitud de diversos países centro-americanos. Y el banco Anglo Sud-Americano, reducto del capital financiero londinense.... Todo el alto comercio de exportación e importación está en posesión de capitalistas extranjeros (ingleses, americanos, árabes, italianos, etc.) como asimismo las empresas que debieran ser de carácter público, como la electricidad, los tranvías, compañías de desagüe, etc. Todo ello es una sangría permanente. Comparando esta explotación internacional desmedida, se puede saber las razones de nuestro pobre pueblo hambreado y vestido con harapos, como si fuera una tribu de pueblos incivilizados”.⁵⁴

Guerra anota las características especiales de la crisis del capitalismo en los países indoamericanos, señalando cómo las corporaciones norteamericanas se han apoderado de las riquezas básicas del Continente. Critica que todos los intentos de solución a la crisis tengan un carácter cosmético sin alterar la estructura profunda en la que se asienta las políticas económicas. Denuncia, asimismo, la impotencia de los gobiernos reformistas para tomar medidas de afirmación de la soberanía nacional:

“Hasta las mismas políticas tienen el control imperialista. La revolución cubana que tenía todas las características de una revolución integral, fue ahogada por intermedio del National Bank City. El asesinato de Sandino no es más que una actitud de influencia política americana en los soldados de la Guardia Nacional nicaragüense, guardia organizada y uniformada por marineros norteamericanos”.⁵⁵

⁵⁴ *Ibidem*, pp. 24, 25 y 27.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 28.

Otro de los fenómenos asociados a la debacle capitalista es la emergencia del fascismo. Para Guerra expresa el estado de “neurosis social” explotado por el capitalismo financiero para facilitar el establecimiento de dictaduras como las de Hitler, Mussolini o Franco. Una de las características de estos regímenes es la manipulación de las diversas capas socio-económicas desmoralizadas estimulando los conflictos entre ellas, posibilitando por este mecanismo su dominación. Producida la neurosis social es controlada y dirigida por estos grandes intereses económicos y políticos:

“Por medio de campañas espirituales estimulan todas las pasiones para quebrar o destruir los focos insurgentes. Se moviliza así diversas pasiones: nacionalismo guerrero, antimarxismo, imperialismo, formas primitivas de economía que puedan llegar fácilmente a las mentalidades medias, patriotismo chauvinista, narcisismo o egolatría ciudadana al servicio del Estado reaccionario, etc.”.⁵⁶

En la tercera parte el autor aborda las soluciones ofrecidas por el sistema para sortear la desocupación y la miseria. Recurre nuevamente al postulado de la racionalización de la economía planteado cinco años antes. Piensa que mediante la ordenación de la gran producción se tendería a disminuir los costos y subvenir las necesidades fundamentales de las grandes masas. Valora el maquinismo y *taylorismo* norteamericano pero reitera nuevamente que el modelo a seguir es el de la Unión Soviética que, a su juicio, ha logrado racionalizar la producción y el consumo de manera conjunta:

“La máquina en el régimen capitalista desplaza a los obreros de las fábricas, pero esa misma máquina prepara la independencia del hombre en la Rusia Soviética, entregándole a la comunidad alzados estándares de vida, disminuyéndole en el futuro las horas de trabajo, para realizar en fecha no lejana, la más grande aspiración humana: el rompimiento de la esclavitud económica”.⁵⁷

Gregorio Guerra no sólo fue un teórico de los procesos socioeconómicos del capitalismo, sino que también desarrolló amplios estudios sobre los fenómenos culturales, situándolos en la perspectiva histórica de la obsolescencia de la cosmovisión burguesa del mundo y la tentativa de edificación de una cultura nueva. En esta dirección se inscribe su *Inter-*

⁵⁶ *Ibidem*, p. 32.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 42-43.

El marxismo en Chile en la década de 1930: entre el marasmo y la “creación heroica”

pretación Marxista del Arte, breve tratado de estética en los que aborda las expresiones artísticas en correspondencia orgánica con la marcha de los ciclos políticos y económicos. Aunque el objeto de nuestro artículo no es reseñar el libro, —por lo que omitiremos los abundantes ejemplos, nombres y obras que ilustran su erudito trabajo— destacaremos dos de sus tópicos principales que iluminan el modo de apropiación del marxismo en el campo de la crítica cultural: en primer lugar, su planteamiento de lo que llama “materialismo estético de la historia”; y, en segundo término, su visión de la confrontación estética entre el arte burgués y el arte revolucionario.

Respecto al primer tópico nuestro autor asume la tesis fundamental del materialismo histórico de que la conciencia está cimentada sobre las condiciones materiales de existencia; sin embargo, estima que las actividades espirituales tienen amplias posibilidades para emanciparse creadoramente de las determinaciones impuestas por la vida:

“El espíritu es la quintaesencia de la materia. Es una fuerza que se desprende de ella, nace en ella y muere con ella. Es materia volatizada, expresión de un conjunto de moléculas que ha formado toda la arquitectura psicológica. Si quisiéramos sintetizar diríamos que el espíritu es el lenguaje que habla la materia, es su voz. No puede ser entonces extático, está en permanente movimiento de adaptación. Se acomoda y actúa siguiendo las variantes, el fenómeno de las causas y efectos que sufre su envoltura”.⁵⁸

El arte, dice nuestro autor, está relacionado directamente con la producción de la vida; cada civilización surgida a partir de una economía específica genera las condiciones para el desarrollo de las formas artísticas que le son propias pero que contienen también el germen de su superación:

“Si es verdad que el arte a través de la historia está seriado por ese proceso, todas las etapas están encadenadas, formando ciclos armónicos, sabiamente rítmicos en sus líneas generales. Así como se transmite la herencia humana por medio de los genes, partículas vitales que resumen las cualidades psicológicas de los caracteres, así también las nuevas sociedades se forman con los genes, con las herencias de las anteriores civilizaciones y con los aportes —indudablemente— que le insufla la nueva etapa”.⁵⁹

58 Guerra, Gregorio. *Interpretación Marxista del Arte*. Santiago: Editorial Smirnow, 1939, pp. 9-10.

59 *Ibidem*, p. 92.

El segundo tópico que queremos destacar de este ensayo es el contrapunto entre “arte burgués” y “arte revolucionario”. Para nuestro autor la producción artística de la burguesía adquirió diversas modalidades en los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial, preámbulo del período de descomposición del régimen capitalista, destacando tres formas principales: el arte condicionado, el “arte por el arte” y el arte fascista.

El arte condicionado es producto del modo como todas las expresiones de la cultura son acaparadas por los grandes intereses económicos del mundo. La sociedad burguesa desde que toma el poder político en 1789, comprende que el reforzamiento de su poder exige una legitimación a través de la propaganda y del “dominio estético”. Insufla sentimientos de aceptación no sólo pasiva sino también idolátrica del orden establecido al servicio de la acumulación de riquezas.

La dirección de la cultura y de las artes se convierte así en un desafío permanente de los regímenes capitalistas, alcanzando su expresión máxima en el “control de las almas”, de Goebbels:

“El arte está controlado severamente como ciertas mercancías. El alumnado alemán que sigue doctrinas estéticas está obligado, paralelamente a tomar cursos de política nacistas... En el Ministerio de Guerra de ese país funciona un Departamento especial para dirigir psicológicamente a las multitudes bajo las directivas de profesores psicólogos, para planificar el pensamiento alemán. Existen verdaderos laboratorios de experimentación en que se ordenan y se hacen actuar todas las doctrinas anímicas, para desarmar y aplastar toda oposición intelectual”.⁶⁰

Para Guerra toda conquista material imperialista implica una conquista cultural; la expansión de los mercados requiere, a la vez repeler todo intento de “insurrección estética o científica”. El predominio del capital financiero para explotar a las masas subordina las costumbres y creencias de los pueblos a sus fines. Recurre a nuevos mitos y nuevos dioses para controlar la simpleza humana y hacerse de sus gustos y decisiones:

“Las concepciones estéticas están entonces condicionadas, fluyendo enteramente de sus condiciones de vida social, con diferenciaciones a través de los países por los mayores o menores rendimientos en el proceso de civilización, que en último término, es el proceso de mayor acopio de factores técnicos para hacer producir mayores volúmenes de mercancías”.⁶¹

60 *Ibidem*, p. 44.

61 *Ibidem*, p. 46.

El marxismo en Chile en la década de 1930: entre el marasmo y la “creación heroica”

Añade que el proceso de internacionalización del capital a través de la circulación de los créditos ha sido uno de los principales factores que contribuyen a la “internacionalización de la cultura”, lo que ha significado el desaparecimiento del arte autóctono en las diversas latitudes:

“La radio, los grandes rotativos, los discos de cera, han influenciado hasta las más apartadas laderas del orbe. Hay que dar grandes zancadas en el pasado para encontrar un arte legítimamente autóctono, revisando tal vez las bibliotecas aztecas, incaicas, africanas... y todavía ese arte fue inmediatamente desvirtuado con la llegada de los invasores. Junto con imponer las modalidades sociales y económicas al nuevo mundo, impusieron su arte dominador”.⁶²

El arte fascista, como el arte condicionado, también está creado y dirigido para ser utilizado dentro del conflicto social contemporáneo. Está al servicio de la propaganda de las dictaduras respaldadas por las empresas y bancos. Estimula en las masas la exaltación neurótica de chauvinismo, el odio social y la pasión de venganza. Los artistas fascistas adulan a los dictadores presentándolos como figuras salvadoras, degradándose como unos panfletarios del patrioterismo:

“Hitler se ha hecho asesorar por todo un grupo de pseudos intelectuales que han sido catalogados como paranoicos, temperamentos acerados, de ideas fijas, políticas invariables y de una tenacidad, por supuesto, que muestra al *obsesionado mental*”.⁶³

El llamado “arte por el arte” es reflejo de la egolatría del artista, quien aparentemente está desconectado de las luchas sociales pero, en el fondo, es reticente a ellas por comodidad o indiferencia. Es una producción para satisfechos e insensible a la opresión y al sufrimiento:

“Sus intérpretes están sordos al dolor universal, no lo sienten, ni siquiera sospechan que en la vida hay algo más que un torrente de visiones exuberantes... Las interpretaciones que se hagan del mundo son falsas, flores de un exotismo exacerbado, de un jardín superpuesto sobre la materia, superestructurado, arte ficticio y que es también hermoso, sin sensibilidad social. Es burgués quintaesenciado, fermento elegante para una burguesía materializada en el mismo tono”.⁶⁴

62 *Ibidem*, p. 50.

63 *Ibidem*, p. 82.

64 *Ibidem*, pp. 105-106.

Para nuestro autor el “arte por el arte” es decadentista porque es representativo de las vicisitudes de una época de decadencia. Expresa las anomalías espirituales profundas de un sistema social en descomposición: neurosis, egolatría, narcisismo, cinismo, demagogia y realismo grosero y mercantil. El capitalismo desarrolla una industria de arte con una estética estereotipada al servicio de la acumulación. Transforma las artes, la ciencia y la filosofía en “mercancías espirituales” que actúan en el mercado en las mismas condiciones sociales que los otros productos sometidos a la ley de la oferta y la demanda. Sin embargo, el capitalismo no puede impedir que resurja un arte combativo, cuestionador del presente y auspiciador de las grandes reformas del futuro. Este es el arte revolucionario al cual Guerra le dedica el último capítulo de su libro.

El arte revolucionario, dice el sociólogo, actúa como fermento social. Revisando los cambios revolucionarios de Europa consigna el papel fundamental de los artistas e intelectuales en la remoción de los antiguos regímenes:

“Las elites en ciertos momentos de la historia, en que se juega el proceso más trascendental, del combate entre las viejas y nuevas modalidades, en el período crítico, suman todos sus haberes emocionales a la contienda y deciden como en esa época de la caída del régimen feudal, el triunfo de la revolución francesa”.⁶⁵

La fuerza de estas brigadas de intelectuales y artistas radica en que en la historia no sólo prevalecen los hechos económicos sino que también operan los factores psicológicos y espirituales. Gregorio Guerra asume un marxismo reñido con las visiones deterministas, ilustrando latamente con ejemplos tomados de la historia de la cultura las querellas e innovaciones estéticas que preceden a los cambios sociales. Pero si las crisis históricas son representadas estéticamente por un amplio espectro del decadentismo cultural, también podemos hallar en ciernes el surgimiento del nuevo arte. El imaginismo, el idealismo y la utopía asoman para poner al descubierto las profundas contradicciones del régimen en descomposición: “El revolucionarismo era romántico, de pura cepa idealista, con impulsos incontrolados, pero, a través de la querella se ordena, se estructura y se ubica”.⁶⁶

65 *Ibidem*, p. 136.

66 *Ibidem*, p. 138. Cuando el autor habla de “Imaginismo”, alude al movimiento literario

El marxismo en Chile en la década de 1930: entre el marasmo y la “creación heroica”

Es así como el arte prerrevolucionario precede al arte revolucionario. Guerra observa que en las inflexiones históricas, los artistas de vanguardia presienten la inminencia de la catástrofe mostrando las angustias y miserias humanas. Recuerda como los artistas y escritores de la Ilustración atisbaron la Revolución Francesa. Del mismo modo, consigna que la literatura rusa al describir la tragedia de su pueblo, en parte, fecundó los movimientos insurreccionales que culminaron en la Revolución de Octubre. Para nuestro autor, el “realismo socialista”, es una continuación del arte pre-revolucionario formando parte de una misma batalla donde el fin es “crear el héroe socialista”, para comprenderlo y convertirlo en un modelo a seguir: “La Rusia Soviética está estructurando este “realismo socialista”, sople vital que fecunda inmensas áreas humanas, que ha burlado el principio capitalista del arte de clases, para ser un arte de masas”.⁶⁷

Gregorio Guerra cierra su ensayo indicando que el arte revolucionario no sólo expresa el combate estético de las clases sociales sino que también plasma el proceso de creación de una sociedad inédita con todo el colorido y esperanzas de los explotados seculares que empiezan a resplandecer en la nueva época.

V. A modo de conclusión

A través de la revisión de la trilogía de ensayistas se puede observar en ellos una apelación —desde distintos ángulos— al marxismo como teoría explicativa de la realidad histórico-social en el contexto de la crítica década de 1930. Debido a la diversidad de enfoques políticos e ideológicos expresados por cada uno de ellos, no se puede hacer una generalización doctrinaria de sus planteamientos sin incurrir en conclusiones improcedentes. Sin embargo, existe un elemento común en estos autores que unifica sus múltiples visiones: es el intento de comprensión de la lógica del funcionamiento de capitalismo en nuestro país para fundamentar las propuestas de transformaciones necesarias. Asimismo, en la perspectiva histórica, se puede advertir la presencia de algunas tesis del discurso marxista de la época y que asomarán permanentemente en el debate teórico de las décadas siguientes.

chileno que con este nombre tuvo gran relevancia en las décadas de 1920 y 1930. Sus obras combinan ciencia ficción, viajes de ultramar y utopías sociales. Sus representantes más importantes son, entre otros, Salvador Reyes, Luis Enrique Délano y Manuel Astica.

67 *Ibidem*, p. 147.

1) La exacerbación de las contradicciones de clases donde el conflicto principal no es sólo entre burgueses y proletarios –como lo señalaba el *Manifiesto Comunista*–, sino entre la gran burguesía especuladora y todos los sectores explotados comprendidos bajo la categoría conjuntiva de trabajadores manuales e intelectuales. En esta concepción las fuerzas motrices protagónicas del cambio social son aquellas vinculadas a la producción industrial y a la vida urbana, introduciendo un reconocimiento sociológico y político a los intelectuales. En contrapartida, –por una estrechez teórica e histórica– se les asigna un papel secundario a los trabajadores del campo. Asimismo, se subestiman a los pueblos indígenas y sus demandas como rémoras sociales debido a la insuficiente comprensión de la relación etnia-clase.

2) El capitalismo es conceptualizado en su etapa de predominio del capital financiero internacional con la consiguiente subordinación de la soberanía nacional a la voluntad de los conglomerados transnacionales. Este capitalismo también se caracteriza por la creciente hegemonía norteamericana que significa el desplazamiento del capitalismo británico dominante hasta entonces en las economías locales. La consecuencia política de esta situación es la asunción del carácter antiimperialista de las luchas sociales tras la divisa de la “segunda independencia nacional”.

3) Los autores expresan simpatías por el proceso revolucionario soviético aprovechando todas las lecciones que se derivan de esta experiencia histórica pero estiman que este modelo no es aplicable mecánicamente a nuestras condiciones histórico-sociales ni es compatible con nuestra cultura. Anhelan explícitamente la formulación de un proyecto socialista indoamericano que rescate nuestras tradiciones e idiosincrasia. En esta búsqueda del camino propio, asoma la huella de Mariátegui que marca el rumbo en la reflexión y pensamiento revolucionario.

4) En los ensayos revisados encontramos una preocupación por el papel de la cultura en la sustitución del régimen capitalista y la construcción del socialismo. Pero si hay un énfasis en la promoción de los nuevos valores de la justicia social y de la solidaridad, rechazando la obsolescencia de los hábitos y motivaciones del individualismo burgués, también hay un reconocimiento a las creaciones culturales de todas las sociedades anteriores que adquieren un valor patrimonial que el socialismo debe custodiar. De la misma forma, surge una nueva estética que muestra al

El marxismo en Chile en la década de 1930: entre el marasmo y la “creación heroica”

hombre en todo su dramatismo pero también el carácter sublime de las faenas de redención social.

5) Pese a todas las limitaciones que podemos constatar en estos trabajos, entrañan, empero, el carácter de obras precursoras. Son el comienzo de un despliegue intelectual que tendrá gran influencia en nuestro medio a partir del año 1938 con el triunfo del Frente Popular y que se extenderá por varias décadas. En el mundo académico el pensamiento marxista será acogido como una fuente legítima de las ciencias sociales y las humanidades contemporáneas. Su inserción en las disciplinas humanísticas lo instalará como un interlocutor válido en el debate con las otras cosmovisiones presentes en el siglo XX. De la misma forma, el marxismo será un componente doctrinario fundamental en los movimientos de la izquierda chilena que, en la década de 1970, alcanzarán el gobierno por cauces democráticos, por primera vez en la historia de la humanidad. Será la “vía chilena al socialismo”, creación heroica de gran repercusión mundial, encabezada por el Presidente Salvador Allende de convicciones revolucionarias tributarias del “marxismo vernáculo” de los años 30.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Guerra, Gregorio (1932): “Revolución y crisis de la racionalización” en Cuadernos de la Economía Mundial N° 6. Santiago.

----- (1937): Desocupación y Miseria. Santiago. Editorial Smirnow.

----- (1939): Interpretación Marxista del Arte. Santiago. Editorial Smirnow,

Jobet, Julio César (1966): “Estudio sobre las ideas políticas en Chile” en Arauco N° 72.

Loyola, Manuel. “Primera época de la revista Principios (1933-34) y la construcción del espacio intelectual marxista en Chile”, recuperados en www.izquierdas.cl, N°13, pp. 29-46 (2012)

Massone, Juan Antonio. (2000): Eugenio Orrego Vicuña (1900-1959). Santiago: Cuadernos de la Academia Chilena de la Lengua.

Norte, Jorge (Oscar Waiss) (1933): “Informe y Tesis Política” en Defensa de la Revolución. Santiago: Editorial Luis E. Recabarren.

Orrego Vicuña, Eugenio (1929): Tierra de Águilas. Un sudamericano en la U.R.S.S. Santiago. Editorial Robert Barrington.

----- (1930): Mariátegui. Santiago. Ediciones Mástil.

----- (1932): El país de Lenin. Panorama general de la U.R.S.S. Santiago. Imprenta Universitaria.

Waiss Brand, Oscar (1932) “Análisis del proceso capitalista en Chile” en Boletín del Seminario de Derecho Público N° 1. Santiago.

(1934) Esquema económico-social de Chile (Cuaderno I: Hasta 1828). Santiago. Imprenta y Encuadernación Lers.

----- (1986) Chile Vivo. Memorias de un Socialista 1928-1970. Madrid. Centro de Estudios Salvador Allende.

Recibido: Julio 2015

Aceptado: Octubre 2015